

3d3 LiterArt...

Son tres escritores, Pilar Aguarón, Anabel Consejo y José Antonio Prades, que se han unido en Asociación con varios objetivos: escribir mejor, aprender cada uno de los otros dos, darse impulso para llenar páginas, impulsar a otros también y seguir creyendo aún más en el oficio de narrar, en su caso con preferencia en el relato breve, al que así llaman si presenta una extensión entre 333 y 999 palabras.

Ya tienen preparado su segundo libro como grupo, que titulan «Tintas distintas», y que han creado desde la «escritura sinérgica», con cinco capítulos (o paseos por la imaginación), que responden a diferentes palancas creativas, siempre nacidas con un nexo común y que les llevan a la elaboración de relatos mediante influencias mutuas que les hacen sentir a la vez individuales y comunitarios.

Dentro del capítulo IV, «Paseo por la hora zulú», han incluido nueve relatos que responden a tres creaciones individuales de cada autor, basadas en tres propuestas de argumento, una de cada uno, redactadas en treinta y tres palabras.

Incluimos aquí los tres relatos correspondientes a la siguiente propuesta argumental:

A través de la oscura pantalla de su ordenador averiado, Ernesto, sin suponerle esfuerzo alguno, es capaz de ver lo que está haciendo la gente en la que piensa en un momento determinado.

Allá van con deseo de que te agraden.

El ojo de cristal

Sabía que había bebido seis latas de cerveza porque las podía contar esparcidas alrededor de la papelera, pero no recordaba si, cuando se sentó delante del ordenador, era de día o de noche. Miró el reloj, las cuatro y media; tuvo que levantar la persiana para constatar si lo eran de la madrugada o de la tarde. Se asomó a ver la ciudad casi silenciosa iluminada por unas tímidas estrellas. «Me *cagüen* la leche, ahora que le había cogido el tranquillo, puto ordenador.» Encendió el último cigarro, lo que le incitó a jurar de nuevo. «Ahora

tendré que ir a la gasolinera a por tabaco, joder.» Cerró la ventana, volvió a respirar la atmósfera cargada que no había tenido tiempo de escaparse por la ventana. Se sentó en frente del ordenador, intentó ponerlo en marcha aporreando el botón de encendido, pero el aparato no respondía. Aspiró una larga calada y echó una bocanada de humo sobre la negra pantalla, cristal muerto. «Como mi vida». Si ese estúpido juego no fuera lo único que le evadiera de los recuerdos, hubiera traspasado de un puñetazo aquella negrura, lanzándola a la basura como si de una lata vacía se tratara, vacía como el hueco de su pecho. De pronto, debía ser el cansancio, la falta de sueño, el humo, el alcohol, pero la pantalla parecía resucitar en un punto de luz justo en su centro. La lucecita tintineaba a modo de adorno navideño, poco a poco se iba haciendo cada vez más grande hasta que abarcó todo el rectángulo antes absolutamente oscuro. No era posible, deliraba. Se frotó los ojos para volver a abrirlos con la esperanza de que aquella imagen se hubiera esfumado: la pantalla de ordenador se había convertido en el ojo de una cámara que se había colado en su antiguo dormitorio, el que había compartido con su mujer, ahora su ex-mujer. Y allí estaba ella, durmiendo plácidamente, arropada entre sábanas que no ocultaban las líneas onduladas de su cuerpo, respirando acompasadamente, ligera, despreocupada como si todo siguiera igual, como si su vida no hubiera cambiado o, al menos, no le hubiera cambiado para peor. La cámara obedecía los deseos de Ernesto sin necesidad de tocar ni una tecla y se acercaba al rostro con un zoom pausado. Sí, seguía tan hermosa como la soñaba. Alargó la mano y acarició su piel a través de la sensación del helado vidrio. Con miedo a despertarla, hizo el ademán de retirar las sábanas con las yemas de los dedos, convencido de que era un intento baldío. Pero las sábanas obedecieron y dejaron al descubierto el cuerpo que más había amado en su vida. Pudo acariciarlo delicadamente, observarlo como nunca lo había hecho, deleitándose en la belleza infinita que alguna vez abarcaron sus brazos, que alguna vez saboreó su lengua. Una pasión imparable le obligó a empujarle el hombro hasta que ella quedó boca arriba, mostrando los pechos que tantas veces había lamido. Le parecieron más bellos y excitantes que

nunca. No pudo reprimir besarlos. Sintió cómo se endurecían al tacto de su lengua. Toda su mente y todo su cuerpo anhelaron aparecer al lado de ella, oír su respiración y oler su piel... La magia de la cámara no daba más de sí y Ernesto se resignó a rozar la fría y perfecta imagen mientras el orgasmo le mostraba por enésima vez todo lo que había perdido, todo lo que no podría recuperar nunca más.

Al día siguiente, el portero se pasó un buen rato mirando hacia las ventanas del edificio, intentando averiguar desde dónde narices había caído esa pantalla de ordenador para hacerse añicos de semejante manera. ■

Anabel Consejo

La historia de Ernesto

El doctor Casedas se ha empeñado en que les narre a ustedes, y en voz alta, la historia de Ernesto. La he repetido mil veces, recuerdo un día que hasta me hizo que la escribiera, como si por poner una letra después de otra la cosa fuera a cambiar en algo.

Y todo esto viene por lo del dichoso monitor mágico que Ernesto encontró una noche junto a un contenedor de la basura. Resulta que el sabiondo de Ernestito y sin suponerle esfuerzo alguno, con tan sólo desearlo, veía a través de la pantalla apagada lo que estaba haciendo la gente en la que pensaba en cada momento.

Y claro, al principio fue muy divertido, pensó en la Paulina, y ahí se le apareció la chica dorada haciendo lo que le tocara hacer en ese momento, aunque fuera lo que están pensando ustedes ahora mismo. Y quien dice la Paulina, dice Isabel la Católica o Al Capone. El caso, es que al muy tunante le dio por pensar entonces en Anita Ekberg mientras rodaba la famosa escena en la Fontana de Trevi, y al ver las carnes blancas y voluptuosas de la sueca tan embelesado se quedó que, en un arrebató por intentar alcanzarla, se lanzó como un poseso hacia el vidrio con tanta fuerza que se rompió la crisma contra el monitor apagado y, con el trasto ese embutido en la cabeza, como si fuera una escafandra de buzo, se quedó tirado en la acera.

Y eso y nada más es todo lo que pasó y así se lo conté primero a la policía y luego al juez y quinientas veces, si no son más, al doctor Casedas.

Y es que todo el mundo parece empeñado en que yo sé más lo que cuento, y ya me estoy empezando a hartar de toda esta historia. Mil veces he repetido que co-

nocí a Ernesto en el refugio de los carmelitas y desde entonces fuimos juntos de un lado para otro, pasándolas unas veces mejor y otras veces peor, que de todo hubo. Pero a pesar del tiempo qué pocas cosas puedo contar del difunto, que él era muy suyo, muy reservado para sus cosas, fíjense que ni siquiera puedo decir cuál era su nombre completo, y ya me dirán ustedes qué clase de amistad se puede tener con alguien que, después de cinco años, no ha tenido los santos bemoles de decirte cuál era su apellido.

Y no será porque yo no insistía, que me lo llegué a tomar como una afrenta de honor y quise imponer mi dignidad a su tozudez, pues ni por esas lo conseguí.

Por ello me entenderán bien que después de tanto tiempo y de tanta paciencia que derroché con él, se me acabara poniendo la nube negra por encima de la cabeza y cuando íbamos paseando aquella noche calurosa de agosto cerca del viejo matadero, le volví a pedir, casi a suplicar, que me dijera cómo se apellidaba y del muy cabrito, como respuesta, sólo recibí una risita burlona.

Fue entonces cuando vi el monitor junto al contenedor, me agaché, lo cogí con las dos manos y con todas las fuerzas de mi nube negra se lo estampé en su obstinada cabezota. Y allí se quedó, que parecía el capitán Nemo en su viaje submarino.

Pero no estoy arrepentido, no, señor, bien merecido se lo tuvo, que a un amigo no se le trata como él me trató. ¡Cabezota de mierda! ■

Pilar Aguarón

Indecisión

Es como si se reflejara lo que ocurre detrás, incluso un asesinato. La pantalla está apagada, por supuesto, el ordenador está estropeado desde hace años, es un XT de Amstrad, me dijo Ernesto, con letritas verdes cuando funcionaba y con esos mandos cilíndricos que ayudaban a centrar la imagen. Pero Ernesto le ha sacado una nueva utilidad. Es hábil el chaval. Hábil, o brujo, diría yo.

Hace un mes se cargaron a la vecina de ahí enfrente. Mi amigo lo vio todo porque sospechó de una persona que subió con él en el ascensor. Al llegar a su piso, entró a su cuarto y el pensamiento se le fue a ese acompañante de cabina. Le entró un temblor y giró la cabeza sin motivo hacia el monitor de aquel ordenador antiguo

que guardaba por cariño de cuando trabajaba en la tienda de informática. Lo vio, lo vio todo allí como si estuviera pasando detrás suyo y se reflejara en el cristal que hace de medio espejo. Ni siquiera llamó a la Policía porque tiene asuntos turbios, no le vayan a trincar.

Estamos los dos en el paro y llevamos ahora unos días entreteniéndonos con lo que vemos por el monitor. Le nombro a un tipo, lo invoca y de inmediato aparece en la pantalla a modo de visión reflejada con algo de distorsión por la tripa del cristal, como el que tenían las televisiones antiguas. Somos un poco bordes y esperamos siempre a que haga cosas guarras: que se meta el dedo en la nariz, que se peda, se vaya a mear, o a cagar, que folle, que se haga una paja o que se meta un dedo por el culo. De todo esto hemos visto, sobre todo de quienes nos caen mal, sobre todo del *Morcillas*. Ojalá pudiéramos grabarlo y subirlo al youtube. O mejor aún, venderlo a los programas cutres de la tele, si el *prota* fuera uno del famoseo. Nos reímos un montón.

Lo de ayer salió algo chungo. Ya me advirtió Ernesto antes de llegar. «Prepárate, que vas a ver lo nunca

visto». Me imaginé que por fin sabía la hora en que su profe de mates se tiraba al de naturales y lo íbamos a ver en primera fila. Pero no. Más fuerte aún. Pero que muy fuerte.

Ernesto se despelotó sin decirme nada. Me quedé mudo. Y se metió en la pantalla, se subsumió. Lo veía desde fuera como a un personaje de la tele y podíamos establecer buena comunicación, nos oíamos alto y claro. Anduvo por ahí con el badajo colgando haciendo idioteces. De pronto, se salió y apareció de golpe junto a mí. Bromeamos un rato sobre la experiencia sin cortarnos un pelo al imaginar lo que podríamos ir haciendo a partir de ese momento. Pero le dije que no, que yo no me colaba en la pantalla. Hasta ahí podíamos llegar. Me llamó de todo. Y se volvió a meter.

En poco rato, apareció el *Morcillas* y le pegó tres navajazos en la tripa. Tampoco voy a llamar a la Policía, así que me he despelotado –joder, espero que no me vea nadie–, me he atrevido a meterme en la pantalla y aquí estoy, esperando a ver qué puedo hacer. ■

José Antonio Prades